

CARTA LEVANTINA

EUGENIO MONTALE

Traducción de Ernesto Hernández Busto



Quisiera que estas sílabas
que con mano vacilante de escolar
yo trazo con fatiga para usted
la alcanzaran un día de oscuro
aburrimiento; cuando el mediodía
no entrega otras palabras
que las de una gotera que se escurre;
y en nosotros ninguna convicción
resiste a ese minuto que la roe,
y los muros blanquísimos nos salen al
[encuentro
y el horror de vivir nos llega a la garganta.

Seguramente usted se acuerda entonces
del compañero de tantas horas
pasadas en las calles empedradas
que cortan, secuaces de bajadas y subidas,
nuestras colinas enanas vestidas con encajes
gastados, despojadas de ramas.
Y le parecerá que ya no corre sola
bajo los arcos de olivos desgrediados
entre arrancadas y paradas bruscas,
como empedregada en un instante.
O el recuerdo hallará la plenitud
de aquellos árboles que conocimos
y volverá a ver las palmeras barbadas
y los cedros frondosos,
o los nísperos que tanto amaba.

Ese es el recuerdo que quisiera
dejar en vuestra vida:
ser esa sombra fiel que la acompaña
y para sí nada reclama;

la imagen que sale de una estampa apolillada,
olvidado recuerdo de la infancia, y crea un
[instante de paz
en la convulsa jornada.
Y si a veces una fuerza ignota
la sostiene en un embrollo
de quemantes horas,
¡oh, usted bien puede imaginar
que le tomó la mano unos instantes
en secreto,
no el Ángel de los edificantes libros
sino vuestro discreto amigo!

Escuche aún, quisiera develar el hilo
que une nuestras distantes existencias,
permita que aunque callada yo la entienda,
[como
si oyera su voz de sombras y de
[transparencias.

Me contó un día de su infancia
pasada entre perros y lechuzas
del padre cazador; y yo pensé que estaba
impregnada desde entonces de la esencia
última de las cosas, raíz
de las frondosas plantas de la vida.
Así mientras con parecidos
juegos inconscientes
se iban los días, o detrás de los vanos
empeños del mundo, indolentes,
vuestros pocos Otoños, amiga,
tan puros, sin estigmas,
ya percibían la Clave
del enigma que nos fatiga.

Yo también, a menudo,
 en mi rústica adolescencia levantina
 me despertaba, diligente, antes del día,
 hacia las cimas rocosas que el alba coloreaba;
 y conmigo venían
 compañeros de rostro quemado por el sol.
 Silenciosos, apretando en los puños
 antiguos arcabuces,
 con el aliento cortado íbamos por lo oscuro;
 o nos parábamos, a veces,
 a medir con los dedos
 el polvo negro y las castañas
 machacadas al pie de los juncos.
 Yo esperaba escondido en una zarza
 que la larga corona
 de pichones salvajes
 saliera desde el valle
 brumoso con olivos
 regresando a la cima, sombreada a veces
 y otras veces soleada, del monte.
 Lentamente observaba el ave gris
 que conducía las otras, entonces apretaba
 el gatillo; descarga en el azul,
 tan seca como un vidrio que se raya.
 El tocado se apartaba, daba al aire
 algunas plumas, y desaparecía
 como un pedazo de papel al viento.
 En torno un remolino de alas locas
 y el súbito regreso del silencio.

Y también aprendí en esas jornadas
 primeras, mirando
 la liebre muerta entre las bajas viñas
 o la ardilla cobriza cuya cola
 como una antorcha roja
 pasa de pino en pino,
 que aquellos pequeños amigos del bosque
 llevan por mucho tiempo a veces en su cuero
 los pequeños balines
 de las antiguas heridas que han sanado
 antes que un plomo más potente
 los tire a tierra para siempre.

Quizá divago, pero por qué mi pensamiento
 y su recuerdo me devuelven
 visiones de bestezuelas heridas
 por qué no pienso nunca en nuestras vidas
 desiguales
 sin que mi corazón evoque
 rudimentarios sentimientos
 e imágenes que están
 en el comienzo del difícil
 vivir que ahora es el nuestro.
 Ah, yo entiendo, y usted
 también lo siente: más que la sensación
 que nos hermana a los árboles y al viento;
 más que la nostalgia del terso
 cielo que guardamos en nuestra mirada;
 de antaño eso nos une
 nuestro presentimiento
 de haber sido heridos
 por el oscuro mal universal.

Nuestra cita fue como un reencuentro
 después de largos años de errancia dolorosa,
 y en un segundo el carretel del Tiempo
 tejió para nosotros un hilo interminable.
 Caminamos muy juntos sin sorpresa
 con palabras sencillas y los rostros sin
 [máscara.

Pienso en los viejos tiempos
 cuando el caer del día o el volver a la luz
 me consumían tanto
 que no sabía nunca con quién compartir
 esa dura riqueza, y a mi alrededor
 sentía fluir una potencia
 benevolente, surgimiento imprevisto
 entre yo y algún otro de una sólida alianza.
 Quiero decir que ya estaba a mi lado
 en aquellos instantes, que aún lo está,
 si bien lejana, en este día cansado
 que termina sin apoteosis;
 y que juntos hemos visto blanquearse
 entre las olas y las brumas espesas
 las escolleras de las Cinqueterre
 flageladas por la espuma. ❧